Cuando uno escucha por ahí: “¡Qué aburrida es esta ceremonia, o esta misa o este bautismo..!”, es porque no se entiende lo que ahí se está realizando y viviendo y saboreando. Por eso es bueno que ahora veamos las características de la liturgia, para que cada día podamos gustar un poco más de la riqueza de la misma.

a) La liturgia es trinitaria: La liturgia es obra de la Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. El Padre es fuente y fin de la liturgia . “Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y bajo la acción del Espíritu Santo, bendice al Padre por su don inefable mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre “la ofrenda de sus propios dones” y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida para alabanza de la gloria de su gracia” .

b) La liturgia es cristocéntrica: es decir, tiene como centro a Cristo resucitado y glorioso. Nos reunimos en cada sacramento en torno a Cristo y por medio de Él, en torno al Padre, en unión con el Espíritu Santo, y Cristo nos comunica su salvación, su amor, su misterio que sacia nuestra sed de felicidad. ¿Por qué Cristo es el centro de la liturgia? Porque solo Él es el Mediador, el único Mediador entre Dios y los hombres.

Es decir, sólo a través de Cristo llegarán al Padre nuestras oraciones, peticiones, nuestra adoración y acción de gracias. Y sólo a través de Cristo, el Padre nos concederá todo lo que necesitamos; nos llegará todo don a través de este único Mediador.

Cristo en cada liturgia ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros. La presencia de Cristo en la liturgia no es estática, sino dinámica. Por eso en cada acto litúrgico, nos concede la salvación de modo dinámico, recibiendo

toda su fuerza salvadora.

c) La liturgia es pneumatológica: quien lleva a cabo esta fuerza salvadora en la liturgia es el Espíritu Santo, con su acción invisible, pero real y eficaz.

- Es el Espíritu Santo el que santifica el agua en el bautismo, para que Cristo nos limpie del pecado y nos regenere e infunda la nueva vida, es decir, la vida divina y trinitaria.

- Es el Espíritu Santo el que hace el milagro en la eucaristía mediante la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo, y el vino en la Sangre de Cristo, para que sean nuestro alimento espiritual y fortalecernos en el camino y entrar en una comunión con Él íntima y profunda en el alma.

- Es el Espíritu Santo en la confirmación el que completa la primera unción del bautismo con su sello y da la fuerza para ser testigos y apóstoles de Cristo en este mundo, sin miedos y sin respetos humanos, como los apóstoles, aunque tengamos que derramar nuestra sangre en la defensa de nuestra fe en Cristo, como lo hicieron nuestros hermanos mártires.

- Es el Espíritu Santo el que ilumina nuestra mente para que descubramos nuestros pecados en la confesión, el que pone en nuestro corazón el arrepentimiento sincero, y el que afianza en nuestra voluntad el propósito de enmienda, y es el Espíritu Santo, junto con el Padre y Cristo, quien nos perdona los pecados.

- Es el Espíritu Santo el que en la unción de enfermos se hace consuelo, fuerza, alivio, y brisa que conforta a quien esta enfermo.

- Es el Espíritu Santo el que baja al alma de ese hombre en el orden sagrado y lo sella, con carácter imborrable, haciéndole sacerdote, configurándole con Cristo, haciéndole otro Cristo, para que lo represente sacramentalmente. Y será el Espíritu Santo el que poco a poco infundirá en ese hombre el espíritu de santidad.

- Y es el Espíritu Santo el que en el matrimonio une cuerpos y almas de estos dos contrayentes haciéndoles uno, y el que les dará la gracia de la fidelidad a esa palabra empeñada en el altar del Señor, y la gracia para educar cristianamente a sus hijos.

  Por tanto, es el Espíritu Santo el que trae la gracia de Cristo a cada uno, en cada acto litúrgico.

d) La Liturgia es eclesial: las acciones litúrgicas, dice el Vaticano II "no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia". Es la Iglesia la que celebra cada liturgia. Y cada uno de nosotros, que formamos la Iglesia, recibe ese influjo divino, esa gracia que necesita según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual dentro de la Iglesia. Todas las gracias, y la salvación de Cristo nos vienen en la Iglesia, desde el día del bautismo. Aún sin estar insertos en la Iglesia, la gracia de Dios y la salvación de Cristo llega a todos los hombres, pero siempre a través de la mediación –misteriosa pero real- de la Iglesia.

Si somos ya miembros de la Iglesia, por el bautismo, pero nos hemos alejado de ella por el pecado mortal, tampoco participamos de esas gracias de salvación, hasta que nos confesemos y recobremos la gracia de Dios, y de esta manera estar en disposición de recibir esos dones de Cristo.

Por eso, antes de recibir cualquier sacramento (comunión, matrimonio, confirmación, orden, etc) debemos ver si estamos en gracia de Dios y en comunión con la Iglesia. Si no estamos en gracia, debemos acudir humildemente al sacramento de la confesión, donde se nos perdonan los pecados cometidos.

En cada celebración litúrgica estamos como familia eclesial y debemos tener una misma fe, un mismo espíritu, sentimientos y corazón, para que como Cuerpo Místico ofrezcamos a Dios todo el honor y la gloria, y recibamos su santidad y su gracia, entrando en el torrente de la vida divina. No entramos como individuos, sino como Iglesia.

e) La Liturgia es jerárquica: hay que vivirla y hacerla según el orden establecido, decía ya san Clemente Romano, el cuarto papa de la Iglesia, en el siglo I. Pero fue sobre todo san Ignacio de Antioquía quien expresó este aspecto jerárquico de la liturgia: "Esforzaos por usar de una sola Eucaristía; pues una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre; un solo altar como un solo obispo, junto con el presbiterio, con los diáconos, consiervos míos" ... "sólo ha de tenerse por válida aquella Eucaristía que se celebra bajo el obispo o aquel a quien se lo encargare... No es lícito sin el obispo, ni bautizar, ni celebrar el ágape "... (En su carta a los cristianos de Esmirna).

Y el Vaticano II en la constitución dogmática sobre la Sagrada Liturgia ha determinado que "la reglamentación de la sagrada liturgia es de la competencia exclusiva de la autoridad eclesiástica; ésta reside en la Sede Apostólica, y en la medida que determine la ley, en el obispo" (Sacrosanctum Concilium, n. 22)

Por eso, continúa el Concilio Vaticano II en el mismo documento: "Por lo

mismo, nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia" (n. 22).

Esta es la disciplina y doctrina de la Iglesia en todos los tiempos.

f) La liturgia es simbólica: en la liturgia expresamos, con símbolos y signos, realidades divinas. La liturgia es un medio de comunicación, llevado a cabo con palabras, con gestos, con símbolos. Cada símbolo expresa una realidad sobrenatural. Más adelante explicaremos los signos y símbolos litúrgicos.

g) La liturgia es bella: con una belleza digna, sublime, que aspira a expresar el mundo sobrenatural de la gracia y de la gloria. Uno de los nombres de Dios es la belleza inefable. ¿Acaso puede ser fea y de mal gusto la liturgia, que es la epifanía y la manifestación de Dios?

h) Es participativa: donde todos debemos tomar parte: el sacerdote, que preside en nombre de Cristo, y el pueblo, que participa, como pueblo sacerdotal, pueblo regio y profético. El pueblo lo hace ya sea haciendo de guía, leyendo una lectura, acolitando en la misa, siendo ministro de la Sagrada Comunión, llevando las ofrendas, cantando, rezando.

i) Respetuosa de las normas de la Iglesia: al papa y a los obispos, en comunión con él, Cristo les encomendó el cuidado de todas las cosas sagradas y las normas litúrgicas. Han sido años y siglos en que la Iglesia ha reflexionado en la riqueza de la liturgia. No son normas arbitrarias, sino normas sabias que respetan el misterio divino revelado.

j) Y al mismo tiempo la liturgia es creativa. La Iglesia no quiere liturgias frías, acobardadas, aburridas y acartonadas. Da también margen a una inteligente creatividad. Por eso, en determinadas fiestas y eventos se pueden escoger las lecturas, preparar moniciones especiales y oración de los fieles, arreglos florales, cantos y coro, etc.

k) Es pascual, pues centra a los cristianos y nos hace participar en la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

l) Es sagrada, porque busca el encuentro con el Invisible. Mientras en un libro podemos buscar a Dios, en la liturgia encontramos a Dios, que nos sale con su corriente de agua transparente y refrescante que sacia nuestra sed interior.

m) Es cíclica: gira anualmente en torno a los misterios de Cristo, en círculos que ascienden siempre hacia la vida eterna: misterios gozosos en adviento y navidad; misterios luminosos en el tiempo ordinario; misterios dolorosos en cuaresma; y misterios gloriosos en tiempo de pascua,

Pentecostés. Todos estos misterios nos preparan para la segunda venida del Señor al final de la historia.

n) Es escatológica: porque siempre mira al fin de los tiempos, al mas allá, a la Jerusalén celestial, donde se celebra la eterna liturgia, en compañía de todos los santos y ángeles del cielo. La liturgia de la tierra es un resquicio de la liturgia celestial.

El Concilio Vaticano II en el documento sobre la liturgia pone otras cinco características en el modo de vivir la liturgia:

- **Conscientemente:** no dormidos, ni distraídos, o sin saber lo que ahí se celebra.
- **Activamente:** no como espectadores, sino como protagonistas activos. Todos celebramos la liturgia, y no sólo el sacerdote.
- **Fructuosamente:** tratando de obtener todo el fruto espiritual que cada sacramento o acción litúrgica nos ofrece, en orden a nuestra santificación y la santificación del mundo.
- **Con toda el alma:** no estando sólo con el cuerpo. Poner todo nuestro ser: mente que entiende, ojos que ven, oídos que escuchan, corazón que ama, sensibilidad que siente, alma que se une a Dios. No se está en la liturgia, sino que vivimos y participamos en la liturgia.
- **Interna y externamente:** internamente, es decir, viviendo con fervor cada paso de la liturgia, intimando con Dios en lo profundo del corazón; y externamente, es decir, mediante la compostura, el vestido, el modo de sentarnos, de estar de pie, de cantar, etc. ¡Estamos delante de Dios!

Además de estas características, se dan ciertas polaridades que la liturgia tiene que integrar:

Es institución objetiva, que transmite el don del origen, que siéndonos entregado a la vez nos está sustraído; es universalmente válida pero se expresa en formas históricamente situadas (ritos diversos: bizantino, latino, mozárabe...).

Es la oración de la comunidad católica pero en ella el orante son siempre personas, que forman la comunidad aun cuando no se disuelven en ella.

Es don de Dios al hombre y respuesta del hombre a Dios; es presencia del Misterio y es a la vez fuente de mística.

Lugar concreto donde Dios se inserta y se nos da en este mundo pero a la vez es acción, ofrenda, don de nuestra poquedad agradecida, que le devuelve a él su entera creación (de tuis donis ac datis.

La necesidad suprema del hombre que ama es ofrecer y pedir, suplicar y ser eficaz, pero a la vez allí descubre que lo más necesario y que escapa a sus esfuerzos es la gratuidad, el sentido, lo que no es directamente eficaz, lo que acoge a la persona por su sagrado valor y en su irreductible identidad; en una palabra, la salvación".

Ojalá que así podamos gustar mejor la liturgia. Nada se iguala a la liturgia. Es lo más excelso que tenemos en la Iglesia. En esta liturgia terrena ya pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa de Jerusalén – el cielo - hacia la cual nos dirigimos como peregrinos hasta el encuentro definitivo y cara a cara con Dios.

- **Preguntas o comentarios al autor**
- P. Antonio Rivero